

Han Israëls

EL CASO FREUD. HISTERIA Y COCAÍNA

Introducción

¿Cómo llegó Freud al psicoanálisis? De eso trata este libro. Sobre esta cuestión ya se ha escrito muchísimo. A primera vista parece extraño, ya que la evolución intelectual de Freud la ha descrito varias veces, y en detalle, quien debía conocerla mejor que nadie: el propio Freud. El hecho de que exista tanta bibliografía sobre este tema se puede comprender mejor si se sabe que muchas de las cosas que ha contado Freud sobre sí mismo no son ciertas.

El propio relato de Freud sobre cómo llegó al psicoanálisis es conocido por muchos. La historia empieza con Anna O., una paciente histérica de su amigo y protector Josef Breuer. Breuer descubrió, más o menos por casualidad, que los síntomas de histerismo de su paciente desaparecían si ella misma lograba recordar cuándo se había dado ese síntoma por primera vez. Anna O. se curó así. Freud empezaría a utilizar este mismo método, y Breuer y Freud llegarían a publicar juntos artículos sobre este nuevo tratamiento de los síntomas de histerismo. Freud tropezó aquí bastante pronto con la gran importancia de los factores sexuales. Breuer no quiso seguirlo en este descubrimiento y fue así como llegó a su fin la colaboración. En la solitaria expedición de búsqueda que siguió, Freud cometió al principio una equivocación casi fatal. En su ingenuidad, dio crédito a las historias de sus pacientes histéricos, que eran predomi-

nantemente mujeres, acerca de cómo habían sufrido abusos sexuales en la infancia, casi siempre de mano de los padres. (Esta "equivocación" es conocida en general como la Teoría de la Seducción.) Hasta que Freud no empezó a darse cuenta de que muchas de estas historias eran el producto de la fantasía de sus pacientes, no quedó abierto el camino hacia el descubrimiento del complejo de Edipo y otros fundamentos del psicoanálisis. Esto resume en cuatro palabras el relato de Freud sobre el origen de su creación, el psicoanálisis.

Lo interesante de esta historia es que casi todas sus partes son falsas. El tratamiento de Anna O. llevado a cabo por Josef Breuer no llegó a su final porque la paciente estuviera curada, sino porque hubo que recluirlo en una institución psiquiátrica de régimen cerrado. La colaboración entre Freud y Breuer no terminó porque Breuer se negara a reconocer la importancia de los factores sexuales, ya que Breuer también era de la opinión de que la sexualidad ejercía una gran influencia, y lo había señalado explícitamente en sus publicaciones con Freud. Freud nunca había prestado crédito a las historias de pacientes histéricos sobre abusos sexuales en su temprana juventud por la sencilla razón de que sus pacientes nunca le contaban semejantes historias. En sus publicaciones de aquella época, Freud afirmaba que sus pacientes padecían histeria porque no eran conscientes de que habían abusado de ellos sexualmente cuando eran niños. No eran los pacientes quienes narraban historias sobre abusos sexuales, era Freud quien creía poder reconstruir estos acontecimientos a partir de los recuerdos explícitos de sus pacientes. Esto significa además que, fuera como fuese la manera en que Freud pudo llegar a la idea del complejo de Edipo, en ningún caso se debió al hecho de que calaran en él las historias fantásticas de sus pacientes.

Lo que escribo aquí no es nuevo. Los informes psiquiátricos sobre Anna O., de los que se desprende que inme-

diatamente después del tratamiento con Breuer fue recluida en una institución psiquiátrica, han sido descubiertos por Henri Ellenberger. Todo tipo de autores, sobre todo Albrecht Hirschmüller y Frank Sulloway, han demostrado que Breuer no puso ningún reparo en reconocer públicamente la importancia de los factores sexuales. Frank Cioffi fue el primero en indicar que Freud, en sus posteriores miradas retrospectivas, había hecho una caricatura de su antigua Teoría de la Seducción, en la que daba la impresión de haber prestado crédito en aquella época a las historias que le contaban sus pacientes sobre los abusos sexuales que habían sufrido en la infancia.

A pesar de todo, la historia de la creación de Freud sigue estando de moda. La imagen que se nos muestra del modo en que Freud llegó al psicoanálisis todavía está dominada por lo que el propio Freud escribió al respecto y lo que repitieron sus adeptos en todo tipo de variantes, aunque es bien sabido que existen muchas críticas a esta versión. El mejor ejemplo de la inquebrantable fuerza de esta perspectiva es la discusión sobre la Teoría de la Seducción de hace algunos años. El antiguo psicoanalista Jeffrey Masson manifestó que Freud había hecho mal en dudar de la autenticidad de las historias de sus pacientes sobre los abusos sexuales en su niñez. Masson obtuvo el respaldo de los círculos feministas; después de todo, Freud no era el único que no tomaba suficientemente en serio las historias de mujeres sobre abusos sexuales. Masson creía, sin duda, que estaba criticando radicalmente la evolución intelectual de Freud. En realidad, con su crítica quedó atrapado en un mito creado por el propio Freud: la idea de que Freud había prestado crédito alguna vez a semejantes historias la sacó a la luz Freud mismo un poco más tarde.

Creo que la historia del psicoanálisis de Freud sigue promoviendo la formación de esa imagen porque, a pesar de todas las críticas, no se ha sustituido por una historia me-

por, por la historia de lo que sucedió realmente durante los años que precedieron al psicoanálisis. No es que hasta entonces la investigación se limitara a una crítica en detalle de la interpretación que Freud hacía de los acontecimientos. Henri Ellenberger ha señalado que las leyendas en la historia del psicoanálisis no sólo necesitan una corrección, sino que también merecen en sí mismas un estudio más detallado. Anticipándose a tal estudio, sugirió que se puede observar un tono general en esta mitificación, que él denomina como “la leyenda del héroe”: una deformación sistemática en la que se representa a un Freud más heroico, más original y más solitario durante su expedición de búsqueda del psicoanálisis de lo que en realidad fue. Frank Sulloway ha emprendido la tarea de recopilar y ordenar estas leyendas. Sin embargo, todo ello es insuficiente. Las historias de Freud se deben estudiar como intentos fructíferos de ocultar el curso real de los acontecimientos. La reconstrucción de este curso real también debe aclarar por qué Freud debía llegar a sus posteriores tergiversaciones. Eso es lo que se hará en este libro.

En resumidas cuentas, lo que ha sucedido en realidad se verá en lo que viene a continuación. El amigo de Freud, Josef Breuer, tenía, en efecto, una paciente -sigamos llamándola Anna O.- con síntomas de histeria. Esos síntomas surgían durante el tratamiento y la mayoría de ellos también volvían a desaparecer tan pronto como Anna O. contaba cuándo se había presentado por primera vez ese síntoma. Sin embargo, el tratamiento en conjunto no resultó un gran éxito. Más tarde, Freud iba a utilizar este mismo método con sus pacientes, y en 1895, junto con Breuer, publicó un libro sobre el tema. Freud y Breuer argüían que la histeria tiene sobre todo causas sexuales y que ellos, con su nuevo enfoque, podían remediar los síntomas histéricos al instante y de manera permanente. En realidad, su éxito fue considerablemente menor: un año más tarde ya escribía

Freud que había tenido que ponerse a buscar causas mucho más profundas, porque el método de Breuer casi nunca conseguía cambio alguno en los síntomas histéricos. Freud creía haber encontrado esas causas más profundas en los recuerdos de abusos sexuales reprimidos acontecidos en la más tierna infancia. A pesar de que sus pacientes lo negaran, Freud afirmaba que había podido reconstruir estos recuerdos reprimidos por mediación de su método especial. También ahora se remitía a éxitos terapéuticos. Freud se había vuelto a precipitar un poco: año y medio después escribía a un amigo que había perdido la fe en estas ideas porque, a pesar de todos sus esfuerzos, todavía no había logrado llevar a buen fin ni uno solo de los tratamientos. Tras esta nueva decepción con sus pacientes, Freud empezó a concentrarse en un paciente menos decepcionante. Eligió como sujeto más destacado de experimentación a alguien que sabía los resultados que se esperaban: se eligió a sí mismo. Muy pronto “descubrió” en sí mismo el complejo de Edipo, y de inmediato supuso que este complejo tenía validez universal.

Este curso de los acontecimientos explica también por qué Freud, en posteriores miradas retrospectivas, hubo de escribir otra versión de su propia historia. Freud nunca hubiera querido reconocer que en sus publicaciones anteriores había fanfarroneado sobre sus éxitos terapéuticos. También está claro que el curso real no es ninguna historia exitosa; no es más que una sucesión de fracasos. En sus historias posteriores sobre la reacción del psicoanálisis, Freud presentó esta sucesión como un avance, como una serie ascendente en la que siempre se vencían las equivocaciones iniciales. Freud alcanzó este efecto mediante un giro retórico muy peculiar. No consiguió la ilusión de progresión presentando sus ideas posteriores de manera más exitosa de lo que en realidad eran, sino que hizo lo contrario, cargó sus ideas iniciales de fallos artificiales para, a con-

tinuación, poder presentar estos fallos como las razones por las que no había podido seguir aferrado a estas ideas. Así podía guardar silencio sobre las verdaderas razones que le habían llevado a abandonar sus concepciones anteriores -falta de éxito terapéutico- y siempre podía presentar las ideas subsiguientes como una mejora importante. En sus miradas retrospectivas afirmaba que en sus publicaciones con Breuer todavía no había señalado la gran importancia de los factores sexuales, cuando en realidad sí que los había señalado; por eso podía presentar su posición siguiente como una mejora con respecto a las ideas asexuales que supuestamente habría predicado con Breuer. También la Teoría de la Seducción se presentó en las posteriores historias de creación del psicoanálisis de manera más defectuosa de lo que en realidad había sido, como si Freud a la sazón se hubiera fiado, en su ingenuidad, de lo que le habían contado sus pacientes sobre los abusos sexuales en su tierna infancia (siendo el propio Freud quien en realidad había reconstruido estas historias); de esa manera podía presentar su siguiente fase como la superación de una candidez inicial. Además, con esto creó la historia de cómo se le había ocurrido la idea del complejo de Edipo: dándose cuenta del componente fantástico de las narraciones de sus pacientes.

Está claro que esbozaré una imagen de Freud diferente de la imagen que se deduce de sus propias historias sobre la creación del psicoanálisis. De este libro surgirá Freud como alguien que no se arredraba ante comportamientos contrarios a las más elementales exigencias de la ciencia. Freud mintió acerca del nivel de éxito terapéutico alcanzado. Si los pacientes defraudaban sus expectativas -no querían mejorar-, elegía entonces a un sujeto de experimentación con quien sí podía contar: se elegía a sí mismo. Para ocultar lo que había pasado realmente, cambiaba *a posteriori* el contenido de sus concepciones iniciales. Por

estridentes que suenan estas afirmaciones, se puede demostrar con bastante facilidad que Freud estaba dispuesto a seguir cualquiera de estas tres estrategias: 1) mentir sobre el éxito terapéutico; 2) tomarse a sí mismo como sujeto de experimentación cuando obtenía resultados frustrantes con otras personas; 3) dar *a posteriori* una imagen distorsionada del contenido de sus propias concepciones anteriores.

Para ir preparando al lector con las historias de la creación del psicoanálisis, en las que estas estrategias desempeñan un papel tan importante, comenzaré con una primera fase de la vida de Freud en la que se muestra el mismo tipo de comportamiento en un aspecto que, por ser menos complicado, resulta más claro: se trata de la investigación que Freud realizó sobre la cocaína a mediados de la década de 1880. En aquella época, Freud creía que la administración de cocaína conllevaba un aumento de la fuerza muscular. Al no poder encontrar tal resultado en sus sujetos de experimentación, decidió limitarse en su informe a una sola persona que sí presentaba los resultados esperados: él mismo. Freud creía también que las inyecciones de cocaína podían ayudar a la deshabituación de la morfina. Cuando un experto en toxicomanía siguió estas sugerencias e informó de que las inyecciones apenas ayudaban, sino que más bien llevaban a que muchos morfinómanos se engancharan a la cocaína, Freud respondió que este crítico había cometido un fallo muy estúpido porque, después de todo, era del conocimiento general que él (Freud) nunca había recomendado semejantes inyecciones. En sus publicaciones sobre cocaína, Freud informaba también de un caso exitoso de desintoxicación de la morfina con ayuda de cocaína, vivido muy de cerca por él. En las cartas a su prometida contaba otra historia, a saber: cómo se había enganchado a la cocaína el morfinómano en cuestión, con consecuencias mucho más graves que la inicial adicción a la

morfina. Eso es, al menos, lo que se ha dado a conocer de segunda mano, es decir, en la gran biografía de Freud escrita por su fiel discípulo Ernest Jones; porque, si bien se conservan las cartas de Freud a su prometida, éstas se hallan bajo siete llaves. Ernest Jones es el único autor sobre Freud a quien se ha permitido echarles un vistazo. En este punto, yo ofrezco importantes fuentes de información nuevas, ya que encontré copias de algunos cientos de esas cartas. Por eso puedo proporcionar una imagen más fidedigna de lo que Freud sabía sobre este funesto tratamiento.

Tras los capítulos del episodio de la cocaína, siguen las teorías iniciales de Freud sobre la histeria: primero se tratan sus publicaciones junto con Breuer, para concluir esta primera parte de *El caso Freud* con la Teoría de la Seducción. El segundo libro versará sobre el autoanálisis de Freud y sus publicaciones alrededor del cambio de siglo sobre sueños, *lapsus* y semejantes. La obra posterior de Freud ya no tiene relativa importancia para una revisión crítica de los fundamentos del psicoanálisis. Esto requiere una explicación más detallada.

Ya escribí cómo Freud publicó en 1895, junto con Josef Breuer, un libro sobre el tratamiento de los síntomas de la histeria. Freud describía en él el nuevo método terapéutico con el que los síntomas se podían remediar al instante y de manera definitiva. Sin embargo, no todo el mundo estaba convencido. Algunos críticos creían que con este método no se conseguirían siempre, ni mucho menos, los resultados prometidos. Freud respondía en 1898 a esta crítica como sigue:

Me sentí entonces como alguien que ve en el periódico su propia esquela mortuoria, pero que puede estar tranquilo porque él sabe muy bien que sigue vivo. El método es realmente tan difícil que, desde luego, debe aprenderse, y no logro recordar que ni uno solo de mis críticos haya querido

que se lo enseñara, ni tampoco creo que hayan estado trabajando en él, a diferencia de mí, de una manera lo bastante intensiva como para poder descubrirlo por ellos mismos (Freud, 1898; p. 104).

Freud pensaba probablemente que con esta réplica había ganado la partida a sus críticos. A primera vista, esta postura parece tal vez un refuerzo de la propia posición. Después de todo, la crítica siempre podía rechazar el argumento de que si los demás no lograban repetir los resultados a los que se había remitido Freud en sus publicaciones, se debía a que no conocían el método con el que se podían alcanzar dichos resultados. Tal postura tiene, sin embargo, enormes consecuencias. Si un autor afirma que ha alcanzado resultados extraordinarios utilizando un método que sólo se puede conocer haciéndose discípulo del propio autor, cualquier persona sensata ajena al asunto se guardaría de verificar ella sola la autenticidad de esos resultados. Entonces, la imposibilidad de alcanzar los mismos resultados sólo demuestra, después de todo, la tesis del autor de que sin su dirección no se pueden conseguir tales resultados. La cuestión no es ya, por tanto, si se pueden conseguir realmente esos resultados, sino si merece la pena cumplir la exigencia que el autor impone para poder alcanzarlos, a saber: hacerse discípulo suyo. Esa decisión no habría resultado difícil para los lectores bien informados en 1898. Si bien Freud en el libro con Breuer de 1895 hacía referencia a resultados extraordinariamente interesantes -el remedio instantáneo y definitivo de los síntomas de histeria-, frente a esto había otras informaciones que podrían haber despertado poca confianza. Así Freud, en 1895, en su descripción del método utilizado, no decía ni una palabra sobre el requisito de que sólo se podía conocer dicho método siendo discípulo suyo. Además, un año después, en tiempos de la Teoría de la Seducción, Freud afirmaría que con la ayuda

de ese mismo método había alcanzado resultados y conclusiones muy distintos. Por tanto, hacia 1898 prácticamente nadie había intentado ser discípulo suyo.

Cuando Freud, al principio de este siglo, empezó a obtener por primera vez un pequeño grupo de seguidores, pudo retirarse de manera definitiva a la cómoda posición de asegurar que él y sus partidarios disponían de un método diferente con el que se podían obtener conocimientos y resultados especiales. En sus publicaciones, Freud partía de que los interesados se podían dirigir a él y a sus seguidores si realmente sentían interés por el método con el que se habían alcanzado esos conocimientos. Por tanto, ya no era posible la crítica de las personas ajenas a tales "conocimientos", y desde entonces Freud obró por completo conforme a esa postura. Su fiel discípulo y biógrafo, Ernest Jones, lo formulaba como sigue:

La única respuesta que Freud se dignaba a dar alguna vez al aluvión de críticas era la misma que la de Darwin: sencillamente publicar más evidencias en apoyo de sus teorías. Despreciaba la estupidez de sus oponentes y lamentaba sus malos modales, pero no creo que se tomara la oposición muy en serio (Jones, 1955; pp. 120, 121).

Freud sí respondía a las personas que se dirigían directamente a él. Tomemos como ejemplo al psicólogo Saul Rosenzweig, que escribió a Freud en 1934 que en la investigación experimental había encontrado confirmación a determinadas afirmaciones de Freud. Éste le respondió:

Muy señor mío:

Con gran interés me he puesto al corriente de su trabajo experimental que lleva a la verificación de las afirmaciones psicoanalíticas. No puedo tener en muy alto concepto estas confirmaciones, porque la abundancia de observaciones probadas sobre las que se basan esas afirmaciones las hace independientes de la investigación experimental.

A pesar de todo, no pueden hacer ningún mal.
Afectuosamente,

Freud (Freud, 1934; p. 129).

Freud ha escrito repetidas veces que los no iniciados no tienen nada que buscar en una evaluación del psicoanálisis. Incluso en la introducción de su último libro, *Compendio del psicoanálisis*, aparecido póstumamente, escribió:

Las doctrinas del psicoanálisis se basan en un número inmensamente grande de observaciones y experiencias, y sólo quien ha repetido estas observaciones consigo mismo y con los demás ha emprendido el camino hacia un juicio propio (Freud, 1940; p. 8).

Estas palabras resultan llamativas no sólo por su brevedad - por lo visto, a Freud no le parecía necesario justificar con más detalle por qué no todo el mundo era capaz de pronunciarse sobre el psicoanálisis-, sino también por su falta de claridad. Cuando hablaba de las "observaciones consigo mismo" necesarias para formarse un juicio, Freud se refería sin duda alguna al núcleo de la formación psicoanalítica, el llamado análisis didáctico. Pero si Freud se refería a eso, ¿por qué no lo dijo entonces? La respuesta es quizá porque, al hacerlo, sería inmediatamente evidente lo problemática que resultaba esta postura. Significa en realidad que la validez del psicoanálisis sólo pueden juzgarla las personas que han sido seleccionadas por su inquebrantable fe en ese mismo psicoanálisis. Después de todo, nadie se embarca en las no escasas inversiones que exige la formación psicoanalítica en tiempo (muchos años) y dinero (millones) sin sentir una gran admiración por la obra de Freud. Sin una actitud semejante, por lo demás, tampoco se puede pasar con éxito la meticolosa selección que precede a esta formación. Quien empieza a dudar durante la formación, ya no cumplirá uno de los requisitos para el fin exitoso de dicha formación.

Todo esto, por otra parte, no significa que los iniciados sí tuvieran derecho a un juicio propio sobre la validez de las experiencias psicoanalíticas. Freud siempre ha sostenido el criterio de que era él mismo, como fundador, quien podía determinar en qué medida los diferentes puntos de vista formaban parte del psicoanálisis. La crítica a la obra de Freud por parte de personas que ya habían adquirido por sí mismas una posición de cierto peso dentro del movimiento psicoanalítico, llevó durante los primeros años de la historia del psicoanálisis, en todos los casos, a una lucha por el poder, a un conflicto sobre la cuestión de quién podía decidir qué conceptos debían considerarse pertenecientes al psicoanálisis; un conflicto que siempre terminaba con una ruptura personal con Freud y el destierro del crítico en cuestión, que a continuación, la mayoría de las veces, intentaba crear él mismo una escuela de psicología profunda.

Para una persona ajena al tema, en 1898 puede que fuera fácil tomar una decisión sobre la cuestión de si merecería la pena convertirse en discípulo de Freud; es decir, discípulo de un autor que pretendía que los resultados de los que presumía podían alcanzarse exclusivamente sometiéndose a su dirección. Ahora, un siglo después, la doctrina de Freud ya no se puede liquidar tan fácilmente. El psicoanálisis se ha convertido en una doctrina tan amplia e influyente que se necesita una revisión más meticulosa de esas partes de la obra de Freud que, según la doctrina misma, también pueden juzgar las personas ajenas a la disciplina. Nos referimos a la obra anterior a la época en que el psicoanálisis empezó a cerrarse a esas personas, es decir, hasta el período alrededor del cambio de siglo. Tal revisión se lleva a cabo en *El caso Freud*. Así, el presente estudio sirve de apoyo a una afirmación del propio Freud: "La mejor manera de comprender el psicoanálisis todavía es examinar su origen y evolución" (Freud, 1923; p. 377).